

EL INDIGENISMO LINGÜÍSTICO EN LA OBRA DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA *

PILAR MÁYNEZ

Uno de los fenómenos más controvertidos del idioma español es el que atañe a la influencia sustratal del náhuatl.

Al revisar los estudios al respecto, nos encontramos con una serie de trabajos, tanto de historia del español como de dialectología, cuyos enfoques teóricos y resultados pretenden poner en evidencia la reducida infiltración de esta lengua indígena en los diversos dialectos del castellano.¹

Sin embargo, inexplicablemente, estos estudios omiten en la revisión bibliográfica trabajos de importantes investigadores del náhuatl que deberían tomarse en cuenta para poder realizar una evaluación más precisa de este fenómeno de interferencia, como es el caso del *Vocabulario de mejicanismos* de Joaquín García Icazbalceta que, aunque inconcluso, es fuente de primera consulta; el *Diccionario de mejicanismos* de Félix i Duarte, que recoge un buen número de nahuatlismos y sus variantes en los diversos estados de la república; el *Ensayo etimológico de mexicanismos de origen azteca* de Pablo Gonzálcz Casanova; los vocabularios náhuatl-castellano que acompañan a las *Historias* de Sahagún y Durán realizados por Ángel Ma. Garibay y los numerosos artículos periodísticos del mismo, donde se rastrean muchos términos aborígenes que han sobrevivido hasta nuestros días; las monografías de Mariano Jacobo Rojas y Byron McAfee respecto algunas de estas voces

* Agradezco a Guadalupe Borgonio las facilidades que me dio para consultar el archivo del Dr. Miguel León-Portilla.

¹ Por ejemplo, los trabajos de Rafael Lapesa *Historia de la lengua española*, Madrid, Ed. Gredos, Manuales 45, 1983, y de Juan M. Lope Blanch *Léxico indígena en el español de México*, México, 1979, Col. Mex., importantes cada uno en su género, no aluden, sin embargo, a ninguno de los estudios que a continuación se enlistan. Tampoco lo hace Ricardo Maldonado en su interesante artículo "Entre indigenistas, hispanistas y sustratos", *Nueva Antropología*, noviembre 1983, v. vi, n. 2, p. 119-132 en el que cuestiona las posturas de los hispanistas.

nativas,² así como los trabajos sobre los nahuatlismos en el español de diversas partes de España y América de Miguel León-Portilla, a los que en esta ocasión nos referiremos.

En efecto, el análisis y la evaluación de esta influencia sustratal en los diversos niveles del sistema lingüístico del castellano, requieren, entre otros muchos estudios más, de una exhaustiva revisión bibliográfica en la que se contemplen ampliamente los distintos enfoques existentes sobre el tema. Lo anterior nos permitirá confirmar la mencionada postura sobre la restringida influencia indígena, matizar ciertos aspectos, o bien reconsiderar completamente las afirmaciones de algunos lingüistas hispánicos.

A continuación se presenta brevemente las reflexiones más importantes que, sobre este polémico caso de interferencia lingüística, ha dejado Miguel León-Portilla en algunos libros, artículos de revistas y periódicos.

Según León-Portilla existe, hoy día, una triple participación indígena en el mundo iberoamericano. La primera, y la más importante, es la presencia física de millones de aborígenes; la segunda, los monumentos arqueológicos y los códices; y la tercera, que aquí nos interesa especialmente, son los elementos culturales amerindios que se han insertado como parte integrante de la vida cotidiana de los hispanoamericanos. Entre dichos elementos culturales están los vocablos procedentes de diversas lenguas indígenas, que han matizado y caracterizado las distintas variedades del español.³ En esta ocasión, se tratará particularmente de los nahuatlismos.

La presencia del náhuatl en dos variantes del español

En 1960 Miguel León-Portilla publicó un artículo sobre los nahuatlismos en el castellano de Filipinas, en el que advertía que la infiltración náhuatl en estas islas se debía al sostenido contacto por más de dos siglos y medio entre la Nueva España y Filipinas: "La nao que venía de Manila al puerto de Acapulco traía y llevaba mercaderías, al igual que gente en cuyos labios afloraba con frecuencia el nahuatlismo".⁴

² Existe una abundante información sobre esta clase de estudios en el libro de Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli, impresos en náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988, t. 1 y II.

³ "Presencia del mundo indígena", *América indígena*, octubre 1970, v. xxx, n. 4, p. 994.

⁴ "Algunos nahuatlismos en el castellano de Filipinas", *Estudios de cultura náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1960, v. 2, p. 135.

El trabajo presenta una revisión bibliográfica y un breve sondeo de campo, así como la relación de los términos nahuas más comunes en estas islas del Pacífico con su etimología y su acepción. Entre éstos figuran: *aguacate*, *apachurrar*, *atole*, *cacahuate*, *cuamuchil*, *chicle*, *chico* (por *chicozapote*), *chocolate*, *jícara*, *mecate*, *metate*, *pepenar*, *petaca*, *petate* y *tamal*.

En 1981, Miguel León-Portilla saca a la luz un pormenorizado estudio diacrónico sobre la infiltración de nahuatlismos en el castellano de España. Antecede a esta exposición una revisión sobre los diversos trabajos "de muy desigual valor", respecto a la influencia sustratal indígena en este nivel del sistema lingüístico, entre los que están los de Eufemio Mendoza, Jesús Sánchez, Francisco J. Santamaría, Juan M. Lope Blanch y Tomás Buesa, destacando por su rigor científico los estudios de Joaquín García Icazbalceta y Pablo González Casanova.

En este artículo León-Portilla afirma que es abundante el número de "nahuatlismos usados ampliamente en el territorio nacional y en varios países de América central" y, considera que varios de ellos han traspasado las fronteras de Hispanoamérica para incorporarse en las lenguas de otras partes del mundo.⁵

Miguel León-Portilla identifica siete categorías diferentes de infiltración léxica náhuatl en el castellano de España, según el momento histórico en que se dieron, desde la Conquista hasta nuestros días (como son *achiote* y *metate*, en el siglo XVI; *cacahuate*, *tomate* y *tiza*, en el siglo XVII y, *aguacate*, *chicle*, *chile* y *tequila*, en nuestro siglo), la zona geográfica a la que quedaron circunscritos (*malacate* y *nopal* en las provincias de Huelva y en algunas zonas del sur de España, respectivamente) y el nivel sociocultural que los emplea (*coyote*, *ocelote*, *zapote* y *quetzal* son usados por personas cultas o especializadas en alguna disciplina). También destaca aquellos nahuatlismos que han sufrido cambios de significado en el transcurso del tiempo (tal es el caso de *petaca*, *petate* y *tocayo*)⁶ y los que se insertaron en el español peninsular a consecuencia de la incorporación de elementos amerindios, como fue el caso de *chocolate* y los utensilios empleados para su degustación.

⁵ "Otro testimonio de aculturación hispano-indígena: Los nahuatlismos en el castellano de España", *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1981, v. XI, p. 219.

⁶ Por ejemplo, desde el siglo XIX el significado de *petaca*, como arca o caja se perdió. Actualmente la Real Academia la registra como: "estuche de cuero, metal u otra materia adecuada, que sirve para llevar cigarros o tabaco picado", *ibid.*, p. 228.

Ahora bien, León-Portilla presenta una interesante reflexión etimológica respecto a esta deliciosa bebida que estaba reservada únicamente a los miembros de la nobleza indígena en el México prehispánico.

En esta revisión diacrónica nuestro autor advierte que dicha voz se encuentra documentada en el siglo xvi en las obras de Francisco Hernández y de Juan de Cárdenas. Siglos después el *Diccionario de autoridades* la registra pero sin precisar su origen, y en 1970 el *Diccionario de la lengua española* señala erróneamente que viene del mexicano *chocolatl*, cuyos componentes son *choco*, cacao y *latl* agua.

Ignacio Dávila Garibi, por su parte, dedica un amplio estudio a desentrañar los componentes morfológicos de esta voz que, a su juicio, son *chakaw*, del maya, y significa "cosa caliente o calurosa" y *atl*, del náhuatl, cuya traducción es "agua".

Esta interpretación, según Miguel León-Portilla, parece la más acertada pues "la idea de que, entre *chok*, caliente, y *kaw*, cacao, ocurre una asimilación, de suerte que el vocablo puede entenderse como *chokowha*, 'agua o bebida caliente de cacao'. De hecho en el maya yucateco contemporáneo existe la siguiente expresión: *t'oh chacaw haa*, "hacer chocolate".⁷ No obstante, a pesar de tratarse de un componente híbrido, la voz se incorporó en la región central de México como lo documentan Francisco Hernández y Juan de Cárdenas, de ahí que el vocablo *chocolate* haya pasado al español universal como nahuatlismo.

Por lo que toca a la influencia del náhuatl en el español de México, Miguel León-Portilla considera, como lo hizo Ángel Ma. Garibay, que la incidencia de estos elementos en el castellano de nuestro país es frecuente, y que resulta fundamental analizar de manera más amplia y profunda este caso de interferencia lingüística.

En el trabajo "Los nombres de lugar en náhuatl", León-Portilla hace una revisión de su morfología, sintaxis y representación glífica. Advierte que los topónimos en náhuatl se conforman mediante sufijos locativos y que los elementos morféimicos que los componen son numerosos, de ahí que los clasifique en subgéneros, como por ejemplo:

a) Las formaciones pronominales y verbales locativas estructuradas mediante prefijos posesivos pronominales, a los que se adhiere un sufijo locativo *no-tlan* "a mi lado", y mediante una raíz que conserva su sentido temporal a la que se añade un morfema locativo *tlah-to-can* "lugar donde se ejerce el mando" respectivamente.

⁷ "Nahuatlismos en el castellano de España", *Boletín de la Academia Mexicana*, México, julio-diciembre, 1981, v. 1, n. 2, p. 111.

b) Las partículas independientes que pueden expresar una referencia espacial adverbial, en forma demostrativa *nican* aquí, *oncan* allá, *ixtlapan* a los lados.

Asimismo expone las diversas funciones que pueden desempeñar los nombres de lugar dentro de la estructura oracional como *Xippacoyan*, "in axcan itoca muchiuhtica in altepetl in nahuac Tollan. Xippacoyan (Donde se hace el prado de las turquesas), ahora se ha hecho su nombre de un pueblo junto a Tula", donde el locativo adquiere el papel de sujeto. También trata sobre los distintos valores semánticos de estas prolíficas formas.⁸

El trabajo concluye con algunas consideraciones respecto a las representaciones glíficas de los nombres de lugar en náhuatl; enuncia algunos estudios relativos al tema y proporciona una relación de las formas en que los escribanos indígenas plasmaron gráficamente los sufijos locativos.

Otro interesante estudio sobre este tema es "La multilingüe toponimia de México sus estratos milenarios". En él Miguel León-Portilla advierte, coincidiendo con los lingüistas históricos, que los nombres de lugar nos permiten reconstruir las inmigraciones y expansiones de determinado grupo social y conocer las características de los sitios que habitaron "Como resultado de conquistas llevadas a cabo por los mexicas o aztecas, muchas poblaciones, montañas, ríos y otros accidentes geográficos recibieron nombres en náhuatl".

Así tenemos, por ejemplo, que *Teotihuacán* es "el lugar que tiene por propio transformarse uno en dios", *Tollan*, "el lugar donde abundan las espadañas" y *Guatemala* "en donde hay abundancia de árboles".⁹

Otro tema diferente en el estudio de la incidencia náhuatl en el español de México lo abordó en "Animales y mitos del México antiguo", en donde proporciona un importante elenco de voces indígenas que aluden a la fauna de Anáhuac. Resulta interesante observar cómo la mayor parte de éstas han sobrevivido hasta nuestros días.

Entre los mamíferos estaban los *coyotes*, prototipo de la astucia, los *ocelotes*, tan temibles como los *tecuanis* o pumas, los alegres e inquietos *ozomatín* que eran los monos de esta tierra, los *tlacuaches*, pequeños

⁸ "Los nombres de lugar en náhuatl. Su morfología, sintaxis y representación glífica", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 19, p. 37.72.

⁹ "La multilingüe toponimia de México. Sus estratos milenarios", *Centro de Estudios de Historia de México*, México, Conдумex, 1983, p. 20-22.

marsupiales americanos, distintas variedades de *mázatl* o venados y desde luego también los muy estimados perrillos, los conocidos con el nombre de *itzcuintli*.

De las aves mucho habría que decir. Primeramente estaban las águilas, tan relacionadas con el mundo de la simbología mexicana. Especial mención merecen también el *áztatl* o sea la garza, el voraz *zopilote*, el meditabundo *tecolote*, la ruidosa guacamaya, el tan apetecido *guajolote* y también el pequeño y maravilloso *huitzitzilin*, colibrí, pájaro, mosca o chupamirto.¹⁰

En algunos artículos periodísticos León-Portilla presenta una detenida explicación lingüístico-cultural sobre las diversas connotaciones de algunos términos.

Así advierte que el nahuatlismo *coyote*, frecuentemente empleado en el español de México para aludir tanto al sagaz animal como a los gestores que realizan diversos trámites administrativos en dependencias gubernamentales principalmente, tuvo un gran significado dentro de la cosmovisión prehispánica. Una de las posibles advocaciones de Tezcatlipoca era el coyote, que alertaba a los viajeros, a través de sus varias irrupciones en el camino, de los peligros a los que estaban expuestos. Actualmente, la gente de campo predice los cambios temporales atendiendo a los aullidos del coyote y existe un juego de niños en el que este hábil animal intenta comerse a las gallinas.¹¹

En otro artículo, Miguel León-Portilla proporciona las diversas variantes del término *itzcuintli* (tepeizcuintli, itzcuintepozotli, chichi, tlalchichi y tetlamin) y explica el significado que tuvo en el pensamiento prehispánico. Algunos textos advierten que este fiel animal era "compañero estimado, alegre y divertido seguidor constante de su amo" y cómo resultaba indispensable su ayuda para que los muertos cruzaran el Chichuahapan en su trayecto al mictlán.¹²

Hoy día es frecuente escuchar cómo los mayores suelen amonestar algún travieso niño mediante el vocativo "escuincle".

También Miguel León-Portilla ha dejado interesantes reflexiones lingüísticas en la traducción y análisis de textos y en trabajos de índole histórica sobre los antiguos mexicanos.

Por ejemplo, en su conocida *Filosofía náhuatl*, León-Portilla incorpora en el comentario de textos una serie de reveladoras explica-

¹⁰ "Animales y mitos del México antiguo", *Sobretiro de retablo barroco a la memoria de Francisco de la Maza*, p. 325.

¹¹ "Coyotes", *Novedades*, 21 de mayo de 1968.

¹² "Itzcuintli", *Sembradores de Amistad*, Monterrey, N. L., año XXIII, v. XXVI, n. 235.

ciones sobre los componentes de numerosos términos y su significado dentro de la cultura indígena, así como al análisis morfosintáctico de varios enunciados y disfrasismos, procedimiento común en la literatura náhuatl, que consiste, según Ángel Ma. Garibay en “expresar una misma idea por medio de los vocablos que se complementan en el sentido o son adyacentes”.¹³ De este modo, la exposición del pensamiento religioso y mítico prehispánico, concentrado en bellas creaciones literarias o esclarecedores relatos históricos, aparece entremezclada con pormenorizadas reflexiones lingüísticas.

Pero veamos tan sólo un ejemplo de este proceder filológico, cuando hace referencia a la frase *in nelli teotl* (el verdadero dios) del enunciado “Allá vive el verdadero dios y su comparte”.

... Mas, para comprender realmente el significado de esta frase, es necesario que recordemos la connotación de la palabra *nelli*: verdadero, cimentado, firme. Se dice por tanto que quien allá en el doceavo cielo vive es el dios bien cimentado, el fundado en sí mismo: *nelli*. Y conviene recalcar que se habla de *un dios (téotl)* y no de dos o varios, ya que entonces tendría que encontrarse la palabra *teteo (dioses)*, plural de *téotl*.

Pero siendo uno este *nelli téotl*, se añade en seguida por medio de una forma verbal substantivada, que tiene “su comparte”: *i-námic*. Esta última palabra, derivada del verbo *namiqui* (encontrar, ayudar) y del prefijo posesivo *i-*(de él), según el diccionario de Molina, significa literalmente “su igual, o cosa que viene bien y cuadra con otra”.¹⁴

Asimismo, Miguel León-Portilla, en la traducción y edición de algunas obras como los *Coloquios y doctrina cristiana*, ha incorporado pertinentes notas sobre la conformación morfológica de ciertos términos y del significado de determinados disfrasismos.¹⁵

Éstas son sólo algunas de las reflexiones que sobre los componentes del náhuatl y su incidencia en el castellano ha dejado uno de nuestros más importantes estudiosos del mundo amerindio, cuyos trabajos, al

¹³ Ángel Ma. Garibay, *Llave del náhuatl, Colección de trozos clásicos con gramática y vocabulario, para utilidad de los principiantes*, México, Editorial Porrúa, 1978, p. 115-116.

¹⁴ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, p. 150.

¹⁵ Algunos términos que analiza, por ejemplo, son *jotlatoquiliz* “el seguimiento de su camino” y *tictiximachilia* “Dador de la vida”. Fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores, *Coloquios y doctrina cristiana*, edición facsimilar, introducción, paleografía, versión del náhuatl y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM y Fundación de Investigaciones Sociales, A. C., 1986.

decir de Carlos Fuentes, “van desde las profecías encontradas en el *Chilam Balam* hasta las más serias investigaciones modernas del mundo tolteca-azteca”.¹⁶

Quedan, sin embargo, en esta revisión bibliográfica sobre la incidencia del sustrato náhuatl en el castellano, numerosos trabajos que considerar, desde las primeras crónicas del siglo xvi hasta los estudios que analizan y evalúan desde diversas perspectivas dicha injerencia, muchos de los cuales, como se puede constatar en este artículo, están a nuestro alcance.

¹⁶ *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica, Tierra Firme, 1992, p. 394.